

JOSÉ ANTONIO MARINA



BIOGRAFÍA

DE



LA

INHUMANIDAD



*Historia de la crueldad, la sinrazón
y la insensibilidad humanas*

Ariel

José Antonio Marina

Biografía de la inhumanidad

Historia de la crueldad, la sinrazón
y la insensibilidad humanas

Ariel

Primera edición: marzo de 2021

© 2021, José Antonio Marina Torres

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3330-4

Depósito legal: B. 2.823-2021

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

<i>Invitación a una sensata desmesura</i>	15
<i>Introducción. El punto de partida.</i>	19
Historia de la inhumanidad, 19 • Las esperanzas fallidas, 20 • La guerra sin límites, 23 • La colaboración en la atrocidad, 26 • Las hambrunas políticamente dirigidas, 28 • La violencia sexual, 29 • ¿Somos animales con un revestimiento moral?, 30	

PRIMERA PARTE LA ESPIRAL ASCENDENTE

1. La aparición de los animales espirituales	37
El lento ascenso a la humanidad, 37 • El sapiens es el animal que educa a sus crías, 39 • Los mecanismos de la humanización, 40 • Nuestros violentos antepasados, 44 • Nuestros compasivos antepasados, 46 • Equilibrios difíciles, 50 • Cambiar los impulsos o controlarlos, 53	
2. La función transformadora de la ciudad.	55
Adiós a la vida nómada, 55 • El poder, la desigualdad y el miedo, 59 • La expansión de las estructuras políticas, 61 • El fomento de la obediencia, 63 • La fascinación por la ciudad, 65 • Los dos poderes, 67 •	

	La obediencia a los dioses, 69 • La fama, la gloria, la reputación, 70	
3.	La edad de oro de la compasión	75
	Un nuevo guion evolutivo, 75 • La conciencia y el Absoluto, 77 • Ablandar un corazón de piedra, 78 • <i>Zoom</i> sobre el caso chino, 79 • La propuesta hindú, 81 • La reflexión sobre el bien, 82 • Líneas comunes, 83 • La compasión y la justicia, 86 • ¿Y después?, 87	
4.	El lento descubrimiento de la humanidad compartida	91
	Continúa la espiral ascendente: de la tribu a la humanidad, 91 • La identidad y la exclusión, 95 • La Controversia de Valladolid, 97 • Un paso en la humanización: la abolición de la esclavitud, 99 • El poder de los prejuicios, 103 • Una conquista precaria, 104	
5.	La revolución de la sensibilidad.	107
	<i>Mysterium terribile</i> : la crueldad, 107 • Disfrutar provocando dolor, 108 • La crueldad utilitaria, 112 • La tortura judicial, 114 • La revolución de la sensibilidad, 115 • El interés por la felicidad política, 118 • La educación sentimental, 121 • El elogio de la tolerancia, 122	
6.	El reconocimiento de los derechos	125
	El <i>telos</i> de la historia, 125 • La Asamblea Nacional como inteligencia colectiva, 128 • El argumento <i>ad horrorem</i> , 130 • La evolución cultural como experiencia de la humanidad, 133	

SEGUNDA PARTE
LA ESPIRAL DESCENDENTE

7. Seres contradictorios 141
Regresiones, colapsos y otros frutos amargos, 141 •
El origen de la maldad y la bondad, 144 • Un animal
expansivo e inquieto, 146 • Un animal lujoso, 148 •
El animal competitivo, 149 • Un animal con voluntad
de poder, 151 • Un animal en busca de sentido, 153
8. Primera etapa del descenso a los infiernos 155
La perversión de los sentimientos, 155 • La construcción del «objeto a odiar», 156 • Una «categoría» de larga duración: puro/impuro, 160 • Un neologismo para una vieja realidad: limpieza étnica, 162 • El entusiasmo destructor, 162 • El hombre nuevo como utopía asesina, 163 • La erradicación de la compasión, 166 • El retorno de la obediencia, 169
9. La deshumanización: la puerta del abismo 171
La «estigmatización categorial absoluta», 171 • La deshumanización como animalización, 172 • La compasión peligrosa, 175 • La despersonalización del combatiente, 176 • Un escalón más: la exclusión moral, 177
10. Segunda etapa del descenso a los infiernos (I) 179
Los dos tipos de colapso moral, 179 • La ebriedad de la misión, 183 • La trampa de la piedad implacable, 187 • De la estigmatización a la crueldad, 190 • Nadie es responsable, 192
11. La desconexión moral (II) 195
La erosión moral, 195 • La utilización táctica del terror, 196 • El descenso bélico a los infiernos, 197 • La insensibilidad por habituación, 199 • La difuminación de la responsabilidad personal, 203 • La pre-

<p>sión del grupo, 207 • La profesionalización, 209 • Al final, la desconexión moral, 210 • Las vacaciones morales como síntoma, 212 • Una última corroboración, como homenaje, 215 • Las violaciones como ejemplo de regresión, 219</p>	
<p>12. Tercera etapa del descenso a los infiernos</p> <p>Seres escindidos, 223 • Las instituciones, 225 • Las instituciones y los individuos, 230 • El totalitarismo, 232 • El horror renace: Bosnia, 234 • La sociedad de nuevo, 237</p>	223
<p><i>Epílogo. Pero los justos existen.</i></p> <p>Cómo recuperar la espiral ascendente, 239 • ¿Pode- mos evitar que la atrocidad vuelva?, 244 • Los bue- nos sentimientos, 245 • La educación del carácter, 248 • La clave de bóveda, 250 • Despedida, 252</p>	239
<p><i>Apéndice. Cuestión de método.</i></p>	253
<p><i>Notas</i></p>	267
<p><i>Bibliografía</i></p>	311

La aparición de los animales espirituales

EL LENTO ASCENSO A LA HUMANIDAD

He dicho en el prólogo que la evolución humana es una aventura metafísica. Lo es porque muestra la lenta marcha de una especie en busca de su definición. Los debates actuales sobre el «transhumanismo» lo corroboran.¹ Al reflexionar sobre nuestra historia, surge inevitablemente la inquietud ante la extraña condición del ser humano. Nietzsche lo expresó en una fábula.

Cuando Zaratustra llegó a la ciudad, vio a la gente y se sorprendió: «El ser humano —dijo— es una cuerda, atada entre el animal y el sobrehumano, una cuerda sobre el abismo. Un peligroso sobrevuelo, un peligroso estar de camino, un peligroso mirar atrás, un peligroso estremecerse y quedarse quieto. Lo que es grande en el ser humano es que es un puente y no un fin: lo que puede amarse en el ser humano es que es una transcendencia y una decadencia».²

La idea era muy antigua y ya la había expresado Sófocles en su *Antígona*: «*Oudén ánthropou deinotéron*». No hay nada más *deinós* que el hombre, es decir, nada más admirable, temible, prodigioso. Me gusta la palabra *deinós*, porque integra las dos líneas que descubrimos en la evolución humana: lo tremendo y lo fascinante, lo magnífico y lo terrible, lo

humano y lo inhumano. San Pablo hablaba del hombre dividido, *aner dipsyjos*. Ovidio lo había dicho ya: «Veo el camino correcto y lo apruebo, pero sigo lo incorrecto». Durkheim se limitó a dar a la noción una vitola sociológica.

El argumento del drama que voy a contar trata de eso, del continuo equilibrio en que vive nuestra especie, desgarrada entre impulsos contradictorios. Es una historia dura, porque está protagonizada por una especie que se ha esculpido a sí misma, y la escultura es un arte violento que tiene que dar forma a un material bruto. La metáfora está ya en las *Analectas* de Confucio: «El hombre justo tendrá que trabajar en su humanidad como un escultor pule una roca áspera para fabricar un recipiente ritual, portador de lo sagrado». Los dictadores del siglo xx también pensaron que había que esculpir la nueva especie humana a la que aspiraban: «Para nosotros —escribió Goebbels— la masa no es más que un material informe. Solo mediante la mano del artista surge de la masa un pueblo y una nación». El gran artista, por supuesto, era Hitler.

Según la *ciencia de la evolución cultural*, los humanos nos separamos del resto de los animales lentamente. Nuestra naturaleza no está diseñada a partir de cero, sino que ha ido ampliándose, redefiniéndose a medida que se construía y adquiriría competencias más ricas, nuevas y poderosas. También, por supuesto, según cambiaba el entorno, del cual forman parte las propias invenciones humanas, en lo que he denominado un «bucle prodigioso». Lo que la inteligencia hace revierte sobre sí misma y la modifica.³ Nuestro cerebro es una maravillosa chapuza, un *kluge*, como dicen los informáticos. Una solución poco elegante, pero eficazísima.⁴

Cuando hablo de «animales espirituales» no me estoy refiriendo a una supuesta división metafísica entre «material e inmaterial», o entre «cuerpo y alma», sino a algo descriptivamente más cercano, a un ser que puede dirigir parte de su comportamiento no por estímulos directos, sino por repre-

sentaciones pensadas o imaginadas. Un animal que puede inventar normas y acomodar a ellas su acción, que puede elaborar proyectos o hacer cálculos matemáticos, es un animal espiritual. Un animal enraizado en un lugar, pero que puede vivir en un «no lugar», en la utopía.

EL SAPIENS ES EL ANIMAL QUE EDUCA A SUS CRÍAS

Para humanizar las estructuras animales, nuestra especie necesitó dos millones de años. La evolución biológica surge por el juego de mutaciones, combinaciones y selección. Pero en el caso humano aparece un nuevo factor: el aprendizaje.⁵ Gracias a él, biología y cultura se entremezclan y dan lugar a una gran exclusiva humana: la educación, la transmisión intencionada de conocimientos y habilidades de una generación a otra. Con razón, Jerome Bruner, uno de los grandes psicólogos del siglo pasado, pensaba que el sapiens era un «*animal docens*», antes que un «*animal rationalis*».⁶ De hecho, la racionalidad también es fruto del aprendizaje.⁷

La mitología china señalaba que los hombres eran animales y evolucionaron porque cinco grandes reyes que habían comprendido el orden del universo se hicieron cargo de ellos y obligaron a los hombres a vivir de forma independiente. La humanidad fue modelada y fraguada por sus gobernantes. Por lo tanto, quienes no vivían en la sociedad china sucumbían al desorden social, no eran realmente humanos, y, si los chinos no respetaban ese orden, podían recaer en la bestialidad.⁸ Esta mitología afirmaba que la civilización no podía sobrevivir sin violencia. «Las armas son el medio gracias al cual el sabio logra la obediencia de los poderosos y salvajes y funda la estabilidad en tiempos de caos», escribió Sima Qian (140-85 a. C.), el historiador más importante de la China antigua.

¿Cómo sucedió ese cambio acumulativo? Una tesis que al principio pareció muy arriesgada se abre camino: nuestra inteligencia progresó porque nuestra especie se «amaestró» a sí misma. Esta es una palabra muy adecuada, porque deriva de *maestro*, de la idea de enseñar, aunque se utiliza únicamente para animales. Los niños se educan, los animales se amaestran. Ese es nuestro origen: una especie animal que se amaestró a sí misma mediante diversos procedimientos, alguno de ellos, sin duda, durísimo. La interacción social fue ampliando y puliendo las capacidades de los individuos, lo que a su vez enriqueció la inteligencia social que emerge de la interacción.

El estudio del adiestramiento de animales nos permite aclarar este sorprendente hecho. Amaestrarlos significa someter su conducta a pautas impuestas desde fuera. Un cerebro más desarrollado suscita cambios en un otro menos desarrollado. Esta misma relación se da entre el bebé y su cuidador/educador. Llamo la atención sobre el hecho de que la actividad educativa establece una jerarquía inevitable entre educador y educando. Este fue uno de los motivos de que todas las sociedades fueran jerárquicas. Un perro sentirá el impulso de comer los alimentos que tiene delante, pero si está adiestrado para ello aguardará la orden de su dueño. El sistema de control exterior se impone sobre los impulsos internos. La asombrosa habilidad de los perros pastores o de los delfines en un acuario muestra destrezas innatas que han sido transformadas mediante el aprendizaje. En el caso de nuestra especie, no fue un cerebro superior, sino una inteligencia superior —la social— la que suscitó los cambios individuales.

La experiencia con animales nos da pistas sobre la evolución humana. En 1959, el genetista ruso Dmitri Beliáyev inició en Siberia un programa de domesticación de zorros. Siguió solo un criterio: seleccionó los ejemplares jóvenes que más se aproximaban a su mano tendida, una conducta audaz y no agresiva. Al cabo de pocos años, ese proceso de selección

produjo cambios en los zorros, parecidos a los que se ven en los perros domésticos. Respondían con la misma presteza que estos a los gestos comunicativos humanos y su anatomía también se modificaba. Es muy probable que los humanos fueran autoseleccionándose, privilegiando ciertas ventajas competitivas: la docilidad, la rapidez en aprender, el autocontrol, la sociabilidad, el altruismo, la compasión. Esta fue ya la tesis de Franz Boas, que ha ido creciendo en verosimilitud. El primatólogo Richard Wrangham ha postulado que también el hombre sufrió un proceso de domesticación que modificó su biología, pero por parte de sus propios congéneres. Señala como rasgo de domesticación la «infantilización de los rasgos» (pediformia o neotenia). Tras estudiar los cráneos prehistóricos, piensa que «los humanos lo experimentaron entre los 50.000 y 30.000 años, y que continúa todavía».⁹

Dos poetas casi coetáneos nos ofrecen dos visiones diferentes de este paso de la animalidad a la humanidad. Esquilo, en *Prometeo encadenado*, da una versión antigua. Prometeo, origen de la cultura, hizo de los hombres seres inteligentes:

*Al principio, miraban sin ver y escuchaban sin oír,
y semejantes a las formas de los sueños,
en su larga vida todo lo mezclaban al azar.
No conocían las casas de ladrillos secados al sol,
ni el trabajo de la madera.
Soterrados vivían como ágiles hormigas en el fondo de
antros sin sol. [...]
Todo lo hacían sin razón,
hasta que yo les enseñé los ortos y los ocasos de astros,
difíciles de conocer.*

Pocos años después, Sófocles da una versión moderna de ese paso. Ya no es un semidiós quien cambia la índole de los humanos. Lo que hace al hombre *deinós*, «inquietante», es que es *edidakato*, «autodidacta»:

*Se enseñó a sí mismo el lenguaje y el pensamiento,
y supo transformar sus pulsiones de tal modo
que estas se tornaron en fundadoras y reguladoras de
[ciudades].¹⁰*

Es, pues, la interacción social la que fue seleccionando rasgos y construyendo sobre ellos. Nietzsche entrevió que la moral suponía una domesticación, pero se equivocó al pensar que antes de ella había unos seres magníficos, nobles aristócratas, y que el hombre europeo moderno, tras siglos de cristianismo, es un «animal insignificante, domado, domesticado».¹¹ Antes de la autodomesticación solo había un primate bípedo. Y el cristianismo solo fue una de las fuerzas domesticadoras, que ya existían muchísimo antes.

La larga historia del aprendizaje/domesticación ha ido sedimentándose en nuestra «memoria filética», la memoria de la especie, que está escrita en formato neuronal. Al nacer, el cerebro de un niño no es una «página en blanco» en la que haya que escribir todo. Nace ya con muchas cosas aprendidas.¹² El antropólogo y prehistoriador André Leroi-Gourhan explica que cada persona guarda en herencia la larguísima historia del ser vivo: «Toda evolución psicomotriz, desde los primeros vertebrados, se hace por adición de territorios nuevos que no han suprimido la imperfecta funcionalidad de los precedentes, sino que han mantenido su papel, cada vez más hundido en las funciones superiores».¹³ Según Frans de Waal, debemos concebir al ser humano como si fuera una «muñeca rusa». «Nuestro yo moral exterior es ontológicamente continuo con una serie de “yoes prehumanos” que anidan en nuestro interior.»¹⁴ Nuestro moderno cráneo alberga una mente de la edad de piedra. Merlin Donald lo expresa de manera rotunda: «Nos hemos convertido en mentes complejas, con múltiples niveles, que transportamos dentro de nosotros, como individuos y como sociedades, la herencia evolutiva entera de nuestro pasado de millones de años».¹⁵ Esta organización en estratos permite que haya regresiones culturales.

Muchas de las peculiaridades de nuestra inteligencia proceden de cambios ocurridos en tiempos que se hunden en la oscuridad animal. La estructura de nuestro cerebro explica alguna de ellas. Las áreas más antiguas conservan esquemas muy primitivos, emocionales, que se manifiestan con la fuerza de los instintos. Las zonas más modernas, en cambio, aprenden con gran rapidez y son capaces de controlar esas estructuras antiguas, aunque no de hacerlas desaparecer. Una parte importante de nuestra historia evolutiva tiene que ver con esta lucha por dominar desde las zonas más modernas y educadas los impulsos más ancestrales. Las relaciones instintivas de poder y sumisión, que se ven en los animales sociales, han dejado en nosotros su huella, que la cultura se ha esforzado en desactivar o en fomentar. La furia es una emoción común que se manifiesta mediante la violencia. Pero los humanos necesitamos vivir colectivamente y eso exige inhibir la agresividad, es decir, la cólera. Podemos comprobar que en todas las culturas se ha procurado dominarla en el trato con el cercano y mostrarla solo frente al enemigo. A veces, el éxito ha sido tan grande que los etnólogos han pensado que algunos pueblos no sentían esa emoción. *Never in Anger*, tituló Jean Briggs su estudio de las costumbres esquimales. No era verdad. Los niños esquimales se encolerizan como todos, pero dejan de hacerlo al crecer porque la presión social así lo impone.¹⁶

Esta capacidad de las sociedades para inventar costumbres que modifican el modo de sentir y actuar de sus miembros forma parte del «capital social» que se va acumulando. Su gran efecto es aumentar las posibilidades de cooperación y ayuda mutua. La educación se encarga de convertirlo en capacidad personal. Un ejemplo nos ayudará a comprender estas afirmaciones. El lenguaje es un bien social, una herramienta para pensar y para comunicarse. Su potencia no es igual en todas las culturas. Los nativos del desierto de Kalahari poseen un vocabulario de aproximadamente ochenta palabras, es decir, su capital lingüístico

es muy escaso y eso limita su capacidad de pensar y de comunicarse. Pero esa riqueza común —sea grande o pequeña— debe compartirse mediante la educación. Los niños tienen que aprender a hablar, y pueden hacerlo mejor o peor. Hay pues dos dimensiones en el capital social. Una objetiva, como si fuera una caja de herramientas; y otra subjetiva, la habilidad y la decisión de utilizarlas. La educación hace de intermediaria entre ambas. Margaret Mead describió el modo de vida de dos pueblos muy cercanos, los arapesh y los mundugumor. Aquellos habían alcanzado un alto nivel de capital social y eran una comunidad pacífica y cordial. En cambio, los mundugumor no habían acumulado ese capital social. Parecían empeñados en fomentar la discordia y la rivalidad. Las sociedades inteligentes producen un alto nivel de capital social.

NUESTROS VIOLENTOS ANTEPASADOS

Las necesidades, los deseos, las expectativas, lo que con un término confuso se denomina *motivaciones*, son el motor primario de nuestro comportamiento y de la historia. Nos ponen en acción, nos hacen luchar para conseguir lo que deseamos, y también nos llevan a cooperar con el mismo objetivo. Entre las cosas que deseamos están las que sacian nuestras necesidades físicas —evitar el dolor, la comida, la bebida, el sexo— y otras más sofisticadas, como el deseo de prestigio, de dominio, de ampliar las posibilidades personales, de encontrar un sentido a lo que hacemos.

El estudio de las sociedades cazadoras-recolectoras, nómadas, a partir sobre todo del conocimiento de las que se mantuvieron en este estado hasta tiempos recientes, descubre en ellas comportamientos muy semejantes a los exhibidos por nuestros parientes animales. Richard Wrangham, en su *Demonic Males*, describe grupos de chimpancés machos salvajes que salen de sus territorios para atacar y matar otros

chimpancés de comunidades vecinas. Las hembras son capturadas e incorporadas al grupo de asaltantes.¹⁷ Esto es muy parecido a los asaltos realizados por humanos machos en lugares como las tierras altas de Nueva Guinea o por los indios yanomamis, descritos por Napoleon Chagnon.¹⁸ Según Steven LeBlanc:

Muchas de las guerras de las sociedades humanas no complejas se asemejan a los ataques de los chimpancés. Las masacres entre humanos a ese nivel social son poco habituales y la estrategia por desgaste es una estrategia viable. Igual que los ataques sorpresa, tomar como prisioneras a las hembras y la mutilación de las víctimas. Las conductas de los chimpancés y de los seres humanos son casi completamente paralelas.¹⁹

Jane Goodall estudió el enfrentamiento entre chimpancés, en Gombe, cuando una comunidad se dividió por un choque entre dos machos alfa. El conflicto acabó con la extinción de uno de los grupos. El vencedor se apropió del territorio y de las hembras de sus rivales. Goodall observó que los combatientes se avisaban para luchar y ponían patrullas de vigilancia.

¿Por qué luchaban? Richard Wrangham identificó las fuentes de conflicto en la voluntad de encontrar un mejor acceso a recursos como la comida, las hembras o la seguridad. Wrangham «explicaba que los chimpancés machos adultos evaluaban los costes y beneficio de la violencia y atacaban cuando el beneficio neto probable era lo suficientemente alto». Las bandas cazadoras-recolectoras peleaban por esos mismos motivos.

Sin embargo, si nos desplazamos mil kilómetros a lo largo del río Congo, encontramos otro panorama. El primatólogo Gen'ichi Idani observó que otro tipo de chimpancés, los llamados *bonobos*, igualmente cercanos a nosotros, en vez de matarse cuando se encontraban, compartían comida, sexo y juegos.²⁰ Son unos antecesores más amables.

Como hemos visto, lo que sabemos de las hordas cazadoras-recolectoras contradice el mito del buen salvaje. Hemos heredado los comportamientos agresivos de nuestros precursores animales. Pero Frans de Waal, que ha estudiado el comportamiento de los primates, advierte en ellos relaciones sociales generosas y una profunda sumisión a las normas, hasta tal punto que en un exceso de entusiasmo afirma: «La moral la inventaron los chimpancés».²¹ También en esto seríamos sus herederos. Hemos recibido esa doble hélice conductual que nos impulsa a la violencia y a la cooperación. Ampliando tal vez esos impulsos sociales, la evolución ha alumbrado una emoción y un comportamiento que han ido expandiéndose en los humanos y haciéndose reflexivos y voluntarios: la compasión y el altruismo. La primera nos hace sentirnos afectados por el sufrimiento de otro y el segundo nos impulsa a ayudarlo, aunque sea con un coste para nosotros. Están estrechamente relacionados, pero es posible que tengan orígenes diferentes.

Una de las tesis de este libro es que la compasión tal vez sea la emoción más específicamente humana. Hasta tal punto la consideramos importante que llamamos «inhumano» al que carece de ella. Esto es lo que caracteriza a los perpetradores de atrocidades. Los neurólogos suponen que este sentimiento es una expansión del vínculo innato de la madre con el hijo, porque cuidar es una conducta relacionada con la oxitocina, una hormona que despierta sentimientos de simpatía y compasión. Frans de Waal piensa lo mismo desde la zoología y descubre en los primates comportamientos compasivos.

En un estudio realizado en el parque nacional de Taï, en Costa de Marfil, se observó que los chimpancés cuidaban de miembros del grupo heridos por leopardos: les lamían las heridas, se las limpiaban y espantaban las moscas que se

posaban en ellas. Protegían a los compañeros heridos y se trasladaban más despacio para no dejarlos atrás. Todo esto tiene perfecto sentido, ya que los chimpancés viven en grupo por una razón, igual que los lobos y los seres humanos: la supervivencia. Si el hombre es un lobo para el hombre, lo es en todos los sentidos, no solo en los negativos. No estaríamos donde estamos hoy si nuestros ancestros hubieran sido socialmente distantes.²²

La compasión, en principio dirigida a los más próximos, se fue ampliando a círculos cada vez más extensos, aunque, como tendremos ocasión de comprobar, de manera tan frágil que algunas religiones tuvieron que intentar que la compasión dejara de ser una emoción espontánea para convertirse en una virtud adquirida. Peter Singer piensa que ha habido un círculo expansivo de la solidaridad, la compasión y el afecto, cuyo núcleo más elemental es el dirigido a los hijos. En la actualidad, los niños sienten espontáneamente compasión a los dos años y un poco después desarrollan conductas de ayuda, de manera que ambas pueden considerarse parte de nuestro genoma. Carolyn Zahn-Waxler estudió en hogares la respuesta de los niños al dolor de los demás (los que participaban en el experimento fingían llorar o que se estaban ahogando) y con poco más de un año ya intentaban ayudar. También comprobó que los animales domésticos parecían hacer lo mismo.²³ Por desgracia, ambas emociones desaparecen más tarde —o lo hacen intermitentemente—, lo cual es un resumen de lo que sucede a la humanidad entera. Existen en nuestro cerebro mecanismos que bloquean la compasión.

Denominamos *altruismo* a las conductas de ayuda que no suponen un beneficio (al menos directo) para quien las realiza. Este concepto ha sido siempre un problema desde el marco de la teoría darwiniana de la evolución. Si la evolución es una lucha por la supervivencia, ¿por qué no ha eliminado a los altruistas, que parecen incrementar

la perspectiva de supervivencia de los otros al coste de la propia? Se han propuesto tres posibles mecanismos. El primero: la «selección de parentesco»,²⁴ es decir, ayudamos a nuestros parientes, en proporción a su proximidad, para aumentar la transmisión de nuestros genes. Esto encierra el altruismo en el círculo familiar. En cambio, el segundo mecanismo lo amplía. Es el «altruismo recíproco»:²⁵ conviene ayudar para que te ayuden. Como dice un proverbio esquimal: «Donde mejor está la comida que no puedo aprovechar es en el estómago de mi vecino». «*Do ut des*», decían los romanos. «El altruismo recíproco tiene lugar en un amplio número de especies. Se ha observado a babuinos y murciélagos vampiro alimentar a crías que no son suyas dentro de una colonia.»²⁶ El tercer mecanismo es la «selección de grupo».²⁷ El altruismo puede ser perjudicial para el individuo, pero es beneficioso para el grupo, por lo que este va a fomentarlo.

Este complejo «compasión-conductas de ayuda-altruismo», que de manera intermitente y reducida se da en animales, ha sido laboriosamente protegido, expandido y educado por los sapiens. Como era de prever, en los procesos evolutivos no hay novedades absolutas. Cuando Penny Spikins titula su libro *How Compassion Made Us Humans* no está exagerando.²⁸ En su obra *The Prehistory of Compassion*, Spikins y colaboradores afirman que el *Homo erectus* mostró ya comportamientos compasivos duraderos.²⁹ En el yacimiento de Dmanisi, en Georgia, de 1,8 millones de años de antigüedad, se conservan los restos de un adulto que había perdido todos los dientes menos uno muchos años antes de morir. Eso significa que otros miembros del grupo tenían que proporcionarle alimento, un fenómeno inexistente en el mundo animal fuera de la infancia. Progresivamente, se fue generalizando el cuidado de los individuos enfermos y el especial trato que se daba a los muertos, lo que sugiere un temprano sentimiento de profunda pena por la pérdida de un ser querido y el deseo de aliviar esa tristeza. El ejemplo me-

El más conocido y más antiguo de respaldo emocional lo proporciona KNM-ER 1808, un ejemplar femenino de *Homo ergaster* de hace 1,5 millones de años. Los exámenes de los restos esqueléticos de este individuo sugieren que sufrió hipervitaminosis, una enfermedad generada habitualmente por la excesiva ingestión de vitamina A y que a buen seguro dificultó en enorme medida su capacidad de supervivencia. No obstante, se indicó en el estudio que «sobrevivió lo suficiente para que la enfermedad fuera identificable en su patología ósea, algo que solo ocurre en estadios avanzados de la enfermedad». En Atapuerca también se han encontrado restos que demuestran la ayuda a los débiles.

Es importante subrayar el papel de la compasión, porque es un freno emocional a la violencia que cuando desaparece deja paso a la insensibilidad ante el dolor ajeno y a la crueldad. Y también es clave destacar que en un principio la compasión se siente hacia los próximos, no hacia los lejanos. La distinción entre «nosotros» y «los otros» es una distinción «categorial»; es decir, incluimos a los individuos en clases o categorías que los unifican. Y sentimos y actuamos a partir de esa identificación. Posiblemente los colorantes encontrados en cuevas prehistóricas sirvieran para pintarse e identificarse como miembros de un grupo. La cooperación, la compasión y el fomento del altruismo son poderosos recursos que forman parte de lo que denomino «capital social» de una comunidad.

Ese humilde y automático dinamismo de búsqueda de la felicidad, que se reduce a evitar el dolor y la muerte, y a alcanzar pequeños avances en el bienestar, va produciendo sedimentos culturales, lentas acumulaciones de «capital social», por ejemplo, mediante el fomento de sentimientos prosociales. En principio, dirigidos solo a los miembros de la propia tribu, pero con tímidas aperturas al exterior. El siguiente paso en la formación del «capital social» va a ser la formación de los sistemas morales.

EQUILIBRIOS DIFÍCILES

Dominar los impulsos nocivos y fomentar los beneficiosos para la sociedad fue sin duda una tarea larga, inevitablemente dura, pero necesaria para fomentar la cohesión y la seguridad del grupo, ambas imprescindibles para sobrevivir. Me parece que es la gran historia de la humanidad, una imponente creación llena de luces y de sombras.

Todos los animales grupales obedecen a unas normas biológicamente programadas: vividas, no pensadas. Pero los sapiens pueden además obedecer a normas pensadas. Llamamos *moral* a las normas socialmente impuestas para regular la convivencia del grupo. Solo muy tardíamente puede hablarse de «moral individual» e ideas como la «responsabilidad personal» son muy recientes. El grupo era responsable de lo que hacía uno de sus miembros. La doctrina cristiana del pecado original, en la que la falta de uno (Adán) afecta a toda la comunidad, se basa en una creencia muy primitiva.

Los sapiens nacientes tuvieron que inhibir los impulsos antisociales y fomentar los sociales, como la cooperación y la compasión. Los grupos animales —señala Irenäus Eibl-Eibesfeldt— son comunidades defensivas. Los macacos y papiones atacan a cualquiera que se meta con una de sus crías.³⁰ Esto es un buen ejemplo de las contradicciones de la evolución. El interés por el bien común provoca la agresividad intergrupal. Somos una especie en vilo: progresamos, pero a bandazos. El dramatismo de esta situación es lo que quisiera comunicar al lector. Una cierta compasión por la infancia de nuestra especie, tan pobre, tan desamparada, tan esforzada.

A primera vista, parece que los individuos constituyen el grupo, pero en nuestro caso es más exacto decir que el sapiens, el individuo propiamente humano, es fruto del grupo. Basta con pensar que el lenguaje, que tan profundamente nos configura, es una creación social. En los albores de la humanidad que estamos narrando, aparece ya una fuerte ten-

sión que va a atravesar la historia. Me refiero a la que se da entre los intereses de los individuos y los de la comunidad. Estas actitudes tienen una larguísima genealogía. El biólogo E. O. Wilson, en *El sentido la existencia humana*, sostiene que

probablemente durante el periodo del *Homo habilis*, hace dos millones de años, se estableció una competición entre la selección a nivel individual (individuos compitiendo con otros individuos dentro de un mismo grupo), por un lado, y por otro la selección a nivel grupal (competición entre grupos). Esta última fuerza fomentó el altruismo y la cooperación entre miembros del grupo. El conflicto entre ambas fuerzas puede resumirse de la siguiente manera: dentro de un grupo, los individuos egoístas se imponían sobre los altruistas; pero los grupos formados por altruistas se imponían sobre aquellos compuestos por egoístas. Es decir, aunque corramos el riesgo de simplificar demasiado, la selección individual fomentaba el pecado mientras que la selección grupal fomentaba la virtud.³¹

Volvemos a encontrar el *deinós*, el *aner dipsyjos*, el «homo dúplex», la distinción freudiana entre el yo y el superyó. La evolución en dos niveles quedó fijada en estructuras muy profundas.

Descubrimos aquí una de las claves de nuestra historia. Pequeños grupos familiares, como los que forman las familias de chimpancés, por ejemplo, se regían por normas instintivas, pero el aumento de la inteligencia, la aparición del pensamiento simbólico, la capacidad de manejar representaciones compartidas fueron fomentando agrupaciones más amplias.³² Con ello aumentaron las posibilidades y los conflictos. Las normas instintivas —eficaces para pequeños grupos fundamentalmente consanguíneos— dejaron de serlo y tuvieron que sustituirse por otras que protegían al grupo constituyendo su moral. El individuo tenía poca importancia. Por eso, aparecieron los sentimientos que animaban a morir por el grupo si era necesario, algo difícil de explicar si

se piensa solo en el interés propio. El sentimiento patriótico tiene sus profundas raíces en tan lejanos tiempos. Solo mucho después, el individuo aspiró a independizarse del grupo y fue necesario reformular los preceptos morales dirigidos a la comunidad y sustituirlos por normas dirigidas a la propia gestión de la vida personal. Este cambio forma parte importante de nuestra historia.

Parece que el doble nivel evolutivo nos proporciona una solución a nuestros problemas: es bueno todo comportamiento que fortalezca al grupo y que haga prevalecer el altruismo sobre el egoísmo. Pero, de esa manera, el egoísmo individual era sustituido por el «egoísmo de grupo», con lo que se protegía la paz interna, pero se incitaba al enfrentamiento con los de fuera. «America First» es un lejano eco de ese ancestral sentimiento que reaparece cuando surge el sentimiento tribal.

Desde nuestro punto de observación contemplamos que la identificación grupal es un gran recurso y también una fuente de grandes problemas. Cada logro humano parece estar envenenado. Es importante tener presente este proceso o este triste destino, como quiera considerarlo el lector. La evolución moral obligó al individuo a someterse a las normas de la comunidad, pero produjo dos derivaciones problemáticas en direcciones opuestas. La llamaré *Ley del doble efecto*. Aparecerá una y otra vez, sumiéndonos en la incertidumbre y la ambivalencia. Por un lado, la moral valoró cada vez más al individuo, con lo que se debilitaba su pertenencia al grupo. Por otra parte, se establecieron normas que no solo obligaban dentro del grupo, sino que eran universales. Se trata del permanente enfrentamiento entre el «uso individual» de la inteligencia y su «uso social». Se tardaron milenios en desarrollar y resolver instancias tan opuestas. La atracción del grupo —de la tribu, de la nación— se activa periódicamente, anulando el individualismo en favor del colectivo, o rechazando el universalismo, también en favor del grupo o prescindiendo del todo en favor del individuo.

Al final de esa evolución contradictoria, apareció el sapiens, *movido* por deseos contradictorios. Somos, como dijo Kant, insolidariamente solidarios. Una síntesis inestable. Necesitamos vivir en comunidad, pero una de las constantes de la historia humana ha sido el afán de separarse, de identificarse con un grupo propio y distinguirse de los demás. Nueva Guinea es una isla de unos 800.000 kilómetros cuadrados en la que se hablan 800 idiomas diferentes. En la isla de Gaua, de unos 300 kilómetros cuadrados —un día-metro de 20 kilómetros—, se hablan cinco lenguas: el lakon, el olrat, el koro, el dorig y el nume. Según Don Kulick, los inventaron para separarse de otros grupos, para favorecer la identidad, porque distinguirse es una pasión universal. Pertenecer a un grupo y diferenciarse de otros es una constante humana que va desde las tribus prehistóricas hasta los nacionalismos actuales.³³

CAMBIAR LOS IMPULSOS O CONTROLARLOS

Los apartados anteriores refuerzan el esquema del «homo dúplex». Solo han sobrevivido los grupos que han mantenido la cohesión, para lo que es imprescindible inhibir la agresividad y fomentar la cooperación. Todas las culturas han tenido que controlar los movimientos agresivos, las venganzas, y también expulsar a los egoístas o a los gorriones. Para hacerlo, han utilizado métodos muy variados: unos psicológicos, como la educación o el adoctrinamiento, y otros exteriores y coactivos, como la fuerza, la religión o el código penal.

En el proceso de domesticación que cambió nuestra inteligencia animal, el sapiens aprendió a controlarse a sí mismo, es decir, fue adquiriendo la capacidad de regular sus propios impulsos. Para las ciencias cognitivas actuales esta es la facultad más específicamente humana.³⁴ Uno de los saltos más espectaculares sucedió cuando el sapiens, que había apren-

dido a obedecer a otros agentes sociales, aprendió a obedecerse a sí mismo, lo que llamamos *autonomía*. Lev Vygotski y su escuela describieron un proceso análogo en el niño. El bebé aprende a obedecer las órdenes de su madre, es decir, a controlar su sistema nervioso de acuerdo a instrucciones exteriores. Pero poco a poco va interiorizando esa capacidad de someterse a órdenes y acaba obedeciendo a las suyas propias. Eso es lo que significa literalmente *autonomía*. Aprendió la libertad obedeciendo. Este hecho me parece fundamental.³⁵

Pero nuestra larga marcha no ha hecho más que comenzar.